

EL INDIVIDUO DE LOS OCHENTA: Crítica a Jon Elster

Ana NOGUERA

Jon Elster desarrolla la casi totalidad de su obra en la década de los ochenta. Su pensamiento filosófico y social encuentra una buena acogida en el mundo político y económico dominante de la época. A lo largo de este trabajo, y con la brevedad impuesta, expondré las claves fundamentales desarrolladas en la obra de Elster, que nos darán a conocer cuál es o ha sido el individuo racional hegemónico en nuestras sociedades avanzadas.

La elección racional

La base sobre la que Elster asienta la racionalidad es la teoría de la Elección Racional, la cual parte de la premisa de que todos los individuos actúan de forma racional, es decir, que enfrentados a una decisión en la que han de elegir entre varias alternativas que les afectan, decidirán siempre, sin excepción, por aquella que les sea más favorable o, en su caso, por la que les resulte menos desfavorable.

Los puntos centrales de la teoría de la Elección Racional de Jon Elster son el Individualismo Metodológico, la Teoría de Juegos y la Acción Colectiva. Elster entiende por Individualismo Metodológico la doctrina de que todos los fenómenos sociales (su estructura y su cambio) sólo son en principio explicables en términos de individuos (sus propiedades, sus objetivos y sus creencias) (1).

La Teoría de Juegos toma sentido cuando los individuos interactúan intencionadamente. Efectivamente, cuando un agente llega a una decisión, debe considerar y prever las decisiones de los otros, puesto que su elección depende necesariamente de la elección de todos. Dentro de este marco, Elster define cuatro hipótesis posibles suponiendo que cada actor puede elegir entre una estrategia solidaria (S) y una estrategia egoísta (E):

- a) Cooperación universal: todos eligen S.
- b) Egoísmo universal: todos eligen E.
- c) El *francotirador*: «yo» elijo E, «cualquier otro» elige S.
- d) El *primo*: «yo» elijo S, «cualquier otro» elige E.

De estas posibilidades surgen sus correspondientes dilemas. Para Elster hay 3 casos importantes:

1) El dilema del prisionero, donde la estrategia dominante es el egoísmo. La racionalidad individual, como solución al juego, lleva al desastre colectivo.

2) El juego de la seguridad, donde la estrategia es: «el egoísmo es mi mejor respuesta al egoísmo; la solidaridad es mi mejor respuesta a la solidaridad».

3) El imperativo categórico, donde la solidaridad es la estrategia dominante del individuo racional.

Ahora bien, la acción colectiva supone, según Elster, un problema tanto para la elección racional como para el individualismo metodológico: ¿Por qué participar en una acción colectiva cuando se puede obtener mayor beneficio si uno se mantiene al margen? El ejemplo más representativo lo encontramos en el trabajador que va a la huelga, cuando puede obtener mayores beneficios manteniéndose al margen, puesto que se ahorra el coste de la participación. Para abordar el problema de la acción colectiva nos vemos conducidos, dice Elster, hacia la Teoría de Juegos, según la cual él nos presenta tres enfoques principales (2):

a) La cooperación es racional en un «dilema del prisionero» reiterado. Como ya he comentado, en el dilema del prisionero la estrategia del egoísmo es la dominante, es decir, es la mejor elección para cada actor, independientemente de lo que hagan los otros.

(1) Jon Elster. «Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos. Alegato en favor del individualismo metodológico», *Zona Abierta*, n.º 33, octubre-diciembre 1984.

(2) Para el tema de la acción colectiva, remitirse a Jon Elster, «Nuevas reflexiones sobre marxismo, funcionalismo y Teoría de Juegos», *Zona Abierta*, abril-septiembre 1987.

b) Como resultado de su interacción, las personas llegan a interesarse unas por otras, de tal manera que surge una interdependencia positiva en las estructuras de las recompensas.

c) Los agentes podrían no ser racionales ni mucho menos.

Pero, cuando hablamos de racionalidad, según Elster, hablamos necesariamente de la acción humana. Y dentro de este concepto, debemos aclarar que la unidad elemental de la vida social es la acción humana individual. Para que varios agentes que comparten una intención lleven a cabo una acción colectiva es necesario que cada uno de ellos haga una determinada acción individual en la creencia de que si cada uno de los agentes hace su correspondiente acción individual, se conseguirá realizar la intención común. En efecto, en ningún caso basta con tener una intención compartida para realizar una acción colectiva. Para Elster, la acción básica siempre es individual; no existe una acción básica colectiva. La acción colectiva siempre se lleva a cabo mediante la realización de otras acciones individuales, acciones que tienen precisamente el sentido de contribución a una acción colectiva.

Pero, ¿cómo podemos llegar a explicar una acción? Para nuestro autor, debemos ver la acción como resultado de dos operaciones de filtraje consecutivas (3). En primer lugar, contamos con todas las acciones que un individuo puede realizar y aplicamos el primer filtro, que consistirá en todas las restricciones físicas, económicas, legales y psicológicas a las que el individuo tiene que hacer frente. Las acciones coherentes con estas restricciones forman su conjunto de oportunidad. Posteriormente, el segundo filtro a aplicar consistirá en conocer el mecanismo que promueve la acción determinada, mecanismo que puede ser el egoísmo, el altruismo, las emociones, ... Bajo esta perspectiva, Elster explica las acciones mediante *el conjunto de oportunidades* y mediante *los deseos*, es decir, por lo que la gente puede hacer y por lo que desea hacer. Aunque hay ocasiones en que el conjunto de oportunidades se reduce a una sola acción, no existiendo pues la preferencia en la toma de la decisión, debido a que las limitaciones y restricciones del individuo son extraordinariamente severas. Es más, las oportunidades son más fáciles de observar que los deseos, puesto que las oportunidades son objetivas y externas a una persona y los deseos son subjetivos e internos.

Ahora bien, Elster explica que siendo la acción resultado de ambos mecanismos, éstos se pueden afectar mutuamente de forma directa. Por ejemplo:

Primer caso: Las oportunidades pesan más en la acción, por lo que acaban modelando a los deseos. Un caso típico es el ejemplo del mecanismo

(3) Jon, Elster. *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. Gedisa, 1990, pág. 23.

de las «uvas verdes» (hay que recordar la fábula de la zorra que al no alcanzar la vid, opta por pensar que las uvas aún no están maduras).

Segundo caso: También puede darse el caso inverso; que el conjunto de oportunidades esté modelado «deliberadamente» por los deseos. Como ejemplo, Elster nos presenta la historia de Ulises y las sirenas (Ulises se ata al mástil de su barco para evitar ser seducido por el canto de las sirenas). Las razones de este tipo de conducta pueden ser la debilidad de la voluntad (cuando una persona no confía en actuar racionalmente) o bien la interacción estratégica (cuando eliminando ciertas opciones, uno puede obtener mejores resultados).

El hombre económico y el hombre racional: diferentes concepciones de racionalidad

Hay que considerar que cuando hablamos de qué cosas son racionales, no todos coincidimos en las mismas definiciones. Por ejemplo, un interés egoísta individual no sería, para las éticas del diálogo, un interés racional, ni sería motivo para establecer un consenso racional. Por otra parte, con Elster hablamos de una racionalidad «económica» que busca el mayor beneficio individual, lo que implica que es legítimo un consenso en el que los individuos actuando como seres racionales sellan el pacto, puesto que ello les beneficia individualmente. Estamos frente a dos modos de entender el consenso: como pacto estratégico o como mutuo entendimiento (4).

Básica y principalmente, estamos ante formas distintas de entender la racionalidad y también de entender al «hombre racional». Elster distingue entre «hombre racional» y «hombre económico» (5). El primero entraña las preferencias consistentes y los planes consistentes. El segundo está mucho mejor fundamentado, puesto que tiene preferencias no sólo consistentes sino también completas, continuas y egoístas. La superposición que Elster realiza del «hombre económico» sobre el «hombre racional», es, a mi juicio, una superposición de la Racionalidad Económica sobre la Racionalidad Práctica y una imposición de los valores económicos al resto de valores, realidad que ha venido sucediendo desde la década de los ochenta.

Normalmente, en el contexto de la filosofía política, hemos podido ver reflejadas estas dos concepciones distintas de la sociedad: por un lado, la concepción según la cual la sociedad debe entenderse como un artefacto construido por individuos egoístas o autointeresados, que ne-

(4) Adela Cortina; *Ética mínima*. Technos, 1986, pág. 121 y ss.

(5) Jon Elster; *Uvas amargas. Sobre la subversión de la racionalidad*. Ediciones Península, 1988, pág. 21.

gocian entre sí cooperando para la ventaja mutua; por el otro, la concepción según la cual los vínculos entre los individuos no están simplemente afirmados por la ventaja mutua, sino también por el respeto y la tolerancia entre los hombres. Defensores de esta última posición serían, entre otros, John Rawls, Sen y Habermas; mientras que la primera la defenderían Nozick y Gauthier.

Expuesta así, resulta obvio que la conclusión de Elster sobre el individuo racional se situaría dentro de la primera opción; lo que contradice su trayectoria de hombre y pensador de izquierdas.

En mi opinión, el pensamiento filosófico y social de Elster refleja bien la contradicción vivida por el pensamiento político de izquierdas, y en concreto, en el ámbito socialista, donde, durante la década de los ochenta y los primeros años de los noventa, hemos visto aceptar y defender la supremacía de la Economía sobre otras ciencias o valores, al mismo tiempo que se producía un cambio profundo en la forma de entender al individuo y sus relaciones sociales.

El individuo de nuestra época

El estudio del pensamiento y la obra de Jon Elster sirven para conocer mejor la realidad política y social de los años ochenta. Elster realiza un magnífico análisis sociológico, donde refleja cómo es el individuo racional, qué intereses tiene, qué pretende y quiere, y con eso, qué es lo que obtiene. Considero que nuestro autor ha sido uno de los tantos ejemplos de filósofos, políticos, economistas y sociólogos, que han entrado en esa corriente de pensamiento que ha forjado, como ya he comentado, el ideario de nuestra época. Un ideario que ha venido definido por un cambio de cultura caracterizado por premisas significativas, contundentes, y a veces, daba la impresión de que también incuestionables:

- El triunfo de la *praxis* frente a las ideas.
- «La realidad es así» y olvidemos cambiarla por «aquella utópica sociedad» defendida antaño por marxistas, socialistas y hombres de izquierdas, en general.
- Maximizar, economizar, beneficios, costes, eficacia, competitividad...: la reducción de la escala de valores a los económicos.
- El individuo es: interesado, egoísta, insolidario, individualista. Aquél que es solidario, colectivo, universalista, altruista no triunfará.

Este cambio de cultura que se ha producido casi sin percibirlo es el que ha conseguido que el ciudadano no participe socialmente y desconfíe de la democracia; que los filósofos se alejen a estudiar la Ética teórica porque es incompatible con una realidad social (salvo algunos ejemplos de filósofos emprendedores que se han lanzado a conjugar la ética con variopintas actividades como la economía o la política); que

los políticos ya no se diferencien por su ideología sino por su capacidad de gestión; que el mundo económico se reduzca a una salvaje competencia que olvida que la verdadera riqueza del país está en los logros sociales; también ha conseguido que la dignidad y los derechos del trabajador aparenten ser los culpables de las crisis económicas; que muerto y enterrado el comunismo, todo pase por acatar humildemente «y con las orejas gachas» que la única realidad posible es el liberalismo económico y el capitalismo.

Presento a continuación varias puntualizaciones al pensamiento de Jon Elster, a modo de crítica a «ese cambio de cultura» al que me he referido y que ha sido común denominador en la década pasada.

1) La incoherencia y la indeterminación

El pensamiento de Elster tiene dos grandes influencias: la del pensamiento de izquierda, en particular el marxismo y la figura de Carlos Marx; por otra parte, el liberalismo, y casi con toda seguridad, la inspiración del conservador Raymond Aron (con quien realizó su tesis doctoral).

Inicialmente, Elster parece abogar por un encuentro de las tesis de izquierda con la realidad del sistema actual. Me atrevería a diagnosticar que su objetivo primero era fundamentar una nueva teoría para la izquierda que, basada en el individuo como motor de la sociedad capitalista y de consumo, impusiera unos nuevos cánones sociales; pero, a medida que se adentra en el interior del individuo (en sus deseos, en sus creencias, en sus intereses) y a medida que analiza metodológicamente la acción social, comienza a dudar de la viabilidad de una sociedad diferente, cuestiona la capacidad de la razón humana (estudiando las limitaciones y errores de la racionalidad), y desestima el valor real de los principios. Vemos, como ejemplo, que manifiesta su simpatía por las tesis de autores como Rawls o Habermas, para concluir cuestionando la viabilidad real de sus propuestas.

2) El alejamiento de la ética

En el análisis de la racionalidad práctica desarrollado por Elster, hay un vacío fundamental: la ética. Con ello su pensamiento se aleja de uno de los marcos en los que debería inscribirse cualquier dimensión de la racionalidad práctica (económica, política, social, etcétera), el de la racionalidad ética. Cualquier conducta o cualquier acción que pueda plantearse un individuo, ya sea un agente económico o político, en aras de una maximización de los beneficios individuales o colectivos, será siempre una opción moral. Toda concepción de vida individual y social que no tenga en cuenta preferentemente la responsabilidad individual y la de todos, es irracional.

Las dos críticas anteriormente expuestas originan como resultado la elaboración por parte de Jon Elster de una «racionalidad restringida», la cual implícitamente está diseñada en clave económica, abandonando cualquier otro posible enfoque argumentativo, basada en valores de utilidad, eficacia y maximización de objetivos, y cuyo objeto de aplicación es un individuo predominantemente egoísta y arisco a la cooperación.

En efecto, una «decisión racional» no es otra cosa que la decisión más favorable a la consecución del interés que en cada caso persigan los sujetos. Y, el *homo rationalis* de la teoría de la decisión vendría a relacionarse estrechamente con el *homo oeconomicus* que trata de maximizar sus beneficios, lo que de paso explicaría el éxito contemporáneo de la teoría económica de la decisión. En este caso, me sumo a las protestas de filósofos como Nicholas Rescher (6), que se manifiestan contra una concepción de la racionalidad demasiado estrecha, y coincido con nuestro filósofo Javier Muguerza (7) para quien el encanto que todavía conservan hoy los viejos psicólogos humanistas, acaso no resida tanto en su insistencia en recordarnos que el hombre es algo más que una computadora, cuanto en su insistencia en recordarnos que no se deja reducir al hombre económico.

Resulta curioso que Elster no haya realizado ninguna aportación en exclusiva a la «Racionalidad Económica», tal y como han hecho otros autores. En cambio, sí utiliza conceptos como «hombre económico», «maximizar la utilidad», «preferencias», «coste y beneficio», siendo su lenguaje filosófico predominantemente económico, y estando la economía presente en toda su *praxis*. Implícitamente, las tesis económicas se muestran como una dimensión supra-racional, concluyendo en una racionalidad práctica restringida o «sometida» a la dimensión económica. Lo que ha venido sucediendo es que los economistas y los teóricos de la decisión racional a menudo hablan como si todos los deseos y las preferencias de una persona fueran igualmente racionales.

En la misma línea de relación entre la ética y la economía, se pronuncia Amartya Sen (8), para quien se ha producido un grave distanciamiento entre ambas ciencias, lo que ha originado una de las principales deficiencias de la teoría económica contemporánea. Su posición

(6) Nicholas Rescher; *Rationality. A Philosophical Inquiry into the Nature and the Rationale of Reason*. Oxford University Press, 1988. (*La racionalidad. Una indagación filosófica sobre la naturaleza y la justificación de la razón*). Technos, 1993, pág. 13.

(7) Javier Muguerza; *La razón sin esperanza*. Taurus, 1986.

(8) Amartya Sen; *Sobre ética y economía*. Alianza Universidad, 1989, pág. 11 y 12.

se basa en la opinión de que la economía se puede hacer más productiva prestando una atención mayor y más explícita a las consideraciones éticas que determinan el comportamiento y el juicio. Sin embargo, la teoría económica convencional identifica la racionalidad del comportamiento humano con la consistencia interna de la elección y, además, con la maximización del propio interés. Pero, para Sen, no se cuenta con ninguna evidencia ni para afirmar que la maximización del propio interés supone la mejor aproximación al comportamiento humano real ni para decir que lleva, necesariamente, a unas condiciones económicas óptimas. Además, se supone que los seres humanos se comportan de un modo racional, y la caracterización que se hace del comportamiento racional no es muy diferente de la descripción del comportamiento real.

Evidentemente, negar que las personas se comportan siempre de un modo exclusivamente egoísta no es lo mismo que afirmar que actúan siempre de un modo desinteresado. Sería increíble si el egoísmo no desempeñara un papel bastante importante en muchas decisiones, pero la cuestión real es saber si lo que mueve a los seres humanos es una pluralidad de motivaciones o es exclusivamente el egoísmo.

4) La primacía del individualismo

Parece que con Elster han pasado ya los tiempos de cualquier proyecto socialista, «de izquierdas», que signifique convivencia, solidaridad, una actitud consensual, con un objetivo universal.

Ahora, todo se rige por un nuevo estadio que ya no busca su realización en lo universal, sino que surge desde el individualismo para el desarrollo exclusivo del individuo. Así, ya no se habla de «consenso» sino de «pacto estratégico»; ya no se buscan «máximas» por las que regir la conducta, sino que se trata de «maximizar» los deseos; la autonomía del individuo ya no se relaciona con su «dignidad», sino con sus «preferencias subjetivas». Ya no hablamos de una «razón comunicativa», sino que estamos frente a una «razón estratégica»; una razón que convierte a los hombres en medios e instrumentos.

Actualmente, y desde la década de los ochenta, estamos viviendo la configuración determinada de un concepto concreto de individuo. Con el predominio absoluto de la economía, y el rechazo de la ética y de conceptos como la ideología y la moral, hemos visto crecer en nuestras sociedades occidentales a un individuo, cuyas características más sobresalientes son el egoísmo, el consumismo, el individualismo, la particularidad, el amor a la riqueza material, la insolidaridad.

En cierta medida, lo que ha hecho Elster ha sido utilizar los términos y calificativos que la sociedad de hoy quiere oír para llenar su

mensaje de contenido. Por ejemplo, el egoísmo puede ser para Elster un mecanismo explotable para beneficio de fines sociales: ¿por qué pagar impuestos?: egoístamente, si no los pago, obtengo mayor beneficio a corto plazo, pero en cambio, si todos, incluido yo, pagamos impuestos, en todos, incluido en mí, repercute el beneficio de la obtención de estos impuestos. Mirando por mí, siendo Egoísta, me interesa cooperar con la sociedad, pues obtendré así mayores beneficios.

Lo cierto, coincidiendo con el pronóstico de Max Weber, es que este tipo de racionalidad estratégica ha prosperado en las democracias occidentales. Una racionalidad que utiliza como medio las expectativas recíprocas de los sujetos para alcanzar los propios fines. Probablemente la pregunta que deberíamos hacernos es: ¿Qué tipo de moralidad se puede construir desde esta racionalidad?

Al plantear esta serie de críticas a la obra de Elster, no se rechazan métodos de análisis como la Elección Racional o el Individualismo Metodológico, sino que se cuestionan los valores que se han asignado a esos métodos. Porque se quiera o no hablar de ética, se quieran aceptar o no los principios morales, los métodos e instrumentos no son asépticos, sino que sirven a unos fines y objetivos que corresponden inevitablemente con los intereses de las manos y la mente que los utiliza. Es decir, no podemos negar que existen unos determinados valores detrás del individualismo defendido por Elster; valores predominantes como el egoísmo o el interés particular. ¿Acaso no podría hablarse de un Individualismo Metodológico altruista o solidario?

Afortunadamente, el pensamiento que Jon Elster representa empieza a ser contestado por otras voces, que provienen del campo de la filosofía, de la política y de la economía. Y a esas voces me sumo, añadiendo que si hemos de aceptar al hombre económico que define Elster, aceptemos al menos que la Racionalidad también se compone de otros valores. Y así, aceptaremos al hombre compuesto de intereses egoístas y acciones altruistas, de beneficios individuales y de cooperaciones solidarias, de maximización de los objetivos y realización de los fines, de deseos subjetivos y de autonomía y dignidad, de preferencias propias y dispuesto a la justicia social, aceptemos también una racionalidad mixta.